

Alpina. El estío de Helvetia. Recuerdos y paisajes*

Hace varios días que trepo a las montañas *alquiceladas* de nieve, que descendo a los collados milagrosos, alfombrados de gloria estival.

Estío fresco y discreto del Helvetia, que navego en vaporcitos blancos y azules o en esquifes graciosos, por el zafiro manso de los lagos, perdiéndome a veces en los recodos misteriosos, atravesando a veces esos estrechos pasos en que las montañas se nos vienen encima, se buscan de una ribera a otra, van dando zancadas ante las cuales el agua se estrecha, se encauza más hondamente -medrosilla azul-, como si quisiesen besarse al través del lago.

Desde la cumbre nevada del Rigi he apacentado mis ojos en la radiante opulencia de los Alpes; he apacentado mis oídos en la música melancólica del cuerno pastoril, y en el canto tirolés que salta cristalino del registro bajo al agudo y torna al primero en traviesa pero triste movilidad; he apacentado mi corazón en la quietud de esta tierra bendita.

He peregrinado de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, pidiendo al aire que pasa, al césped que aterciopela las colinas, a la electricidad que palpita en las nubes, a la resina del bosque, a la nieve de la montaña, a lo alto y a la bajo, al lago y al cielo, una limosna de paz y de salud, y la montaña y

* Amado Nervo, "Alpina. El estío de Helvetia. Recuerdos y paisajes", *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 3954 (29 de julio de 1907): 7.

el lago y el bosque y el cielo han tenido piedad de mi anemia, y en su regazo santo me he sentido fuerte y feliz.

Esta comunión con la divina naturaleza pacífica. Se llega al regazo de la santa Genitrix con el fardo de inquietudes que nos pone auestas la vida, y ahí las nieves extra seculares, las arboledas armoniosas, el agua que corre y espejea, la flor que brota, el viento que pasa, se apoderan de nuestro espíritu, nos hacen suyos, nos recuerdan que no somos más que el átomo de un gran todo, y nos tornan pacientes como ellos, dulces, mudos y santos como ellos.

Recuerdo, al pasear mis ojos por el panorama de estas nevadas montañas iridiscentes al surgir el sol, de aquellos valles misteriosos, de estos cantiles gigantescos, de esos lagos que sueñan en la placidez de las hondonadas, salpicado todo ello de cabañas y de palacios; recuerdo, digo, el cuento aquel según el cual el Diablo cogió un puñado de casas y las arrojó al azar sobre Suiza. Esta se prendió a una roca de la montaña, como nido de águila; aquella fue a acurrucarse en un repliegue de la colina; la de más allá durmióse, reflejándose en el agua azul de los lagos...

Este país, único, pone miedo con lo que evoca de tremendos cataclismos geológicos; parece como que un inmenso monstruo primordial fue hollando con poderosas plantas esta región maravillosa, y dejando en ella sus huellas monstruosas para siempre...

Parece como que la mano del Eterno, modelador de los mundos, asió esta tierra, la apretó, la martirizó, la estrujó y arrugó en un momento de ira, haciendo de ella un caos de valles y climas, de barrancos y grutas... Y después, arrepentido de su ira, sonrió, y su sonrisa puso lagos en los huecos, cristal en las cimas, terciopelo en las laderas, selvas en las gándaras, armiño en los ventisqueros, aromas en el viento...

Y pensé también en los “nacimientos” que embelesaron mis ojos cuando niño; en su ilógica topografía, en su absurda belleza. Así es Suiza, así la soñé; así la encontré, la amé así y así la recuerdo...

Amado Nervo